

Marta Romer Z.

Identidad étnica y transmisión del idioma a los hijos de las familias migrantes indígenas en la Ciudad de México*

Dentro de la problemática de recreación de la identidad étnica en las familias indígenas radicadas en el área metropolitana de la Ciudad de México, la transmisión del idioma a los hijos nacidos y educados en la ciudad ocupa un lugar privilegiado, debido no sólo a su importancia como vehículo cultural y como instrumento de comunicación entre personas que lo comparten, sino también por su función identificadora. Estas características permiten entender la importancia de la práctica del idioma propio en espacios que no son los originales, como es el caso de la situación migratoria, y en particular la relevancia de su transmisión a los hijos si se tiene la intención de incorporarlos plenamente al ámbito cultural que se expresa en la lengua.

En el presente artículo se exponen los datos de la investigación realizada en 35 hogares mixes y mixtecos, ubicados en el área metropolitana desde hace más de 25 años, y de la encuesta que abarcó a 55 hijos de ambos sexos de entre 13 y 31 años.

El uso de la lengua indígena en los hogares

En la mayoría de los hogares donde ambos cónyuges son del mismo grupo étnico o hablan la misma variante del idioma, éstos suelen comunicarse en su lengua sobre todo

al principio de su residencia en la ciudad. Cuando uno de los cónyuges no habla bien el español (caso frecuente de las madres), el uso de la lengua étnica es mayor y se prolonga por más tiempo en función de su conocimiento y manejo por parte de ambos padres; a su vez, cuando los padres no hablan la misma lengua o su variante, el español se impone como lengua de la casa. La lengua vernácula casi siempre se usa como medio de comunicación entre familiares y personas del grupo radicado en la ciudad o que llegan de visita de la comunidad. Con el tiempo aumenta la frecuencia del uso del español intercalado con el idioma étnico, sobre todo cuando los hijos no dominan suficientemente este último. En términos generales, después de más de 25 años de vivir en la ciudad, muchas parejas se comunican indistintamente en ambos idiomas, a menos que traten temas relacionados con su comunidad o hablen con personas de su grupo, o cuando no quieren que los hijos los entiendan; en algunos hogares, sin embargo, se va reduciendo el uso del idioma étnico entre los mismos padres y parientes por dos razones: 1) un mejor manejo del español y la costumbre de expresarse en este idioma, y 2) el hecho de que generalmente los hijos no hablen el idioma de sus padres, obliga a estos últimos a utilizar español.

Actualmente el uso del idioma en los hogares se presenta como sigue:

- En más de la mitad de los hogares (18) la lengua indígena es hablada con mucha frecuencia por los padres: la utilizan siempre o casi siempre cuando conversan entre sí, con sus parientes y con las visitas del grupo que llegan a la casa.

* Un primer avance de la investigación acerca de la transmisión del idioma a los hijos en las familias indígenas migrantes se publicó en *Boletín Oficial del INAH. Antropología*, núm. 51, julio-septiembre de 1998, pp. 13-18.

- En 11 hogares los padres se comunican en su idioma “de vez en cuando”, “todavía”, “casi nunca”, sólo con las visitas de paisanos y familiares del pueblo, o “para que los hijos no entiendan”.
- En un hogar el padre prohibió expresamente hablar el idioma en la casa, obligando así a la esposa a aprender el español
- En cinco hogares se habla únicamente español, debido al origen étnico distinto de las parejas, o a las diferencias dialectales que dificultan la comunicación, o porque uno de los padres no habla la lengua, sólo la entiende. En estos casos el idioma indígena se practica por el hablante sólo en ocasiones de las visitas de familiares o amigos del mismo grupo étnico.

Transmisión del idioma a los hijos

Si la situación del uso del idioma en los hogares se describe en el presente, el aprendizaje de los niños nos remite al pasado, ya que es principalmente en la infancia cuando pudieron haberlo aprendido. Resulta que sólo en nueve hogares los padres (o uno de ellos o la abuela) hablaron a los niños en su propia lengua además del español, pero sólo en un hogar lo siguen haciendo todavía cotidianamente; además, casi siempre se trató de los primeros hijos, mientras que a los siguientes ya les hablaron únicamente en español. Lo anterior no quiere decir que actualmente los hijos entiendan o sepan hablar la lengua de sus padres; en muchos casos este conocimiento se había perdido al no haber continuidad ni mantenimiento de la práctica. En todos los demás casos, los padres les hablaron siempre en español desde pequeños.

Cabe recordar que la mayoría de las mujeres llegaron monolingües a la ciudad, y sólo una parte de ellas aprendió el español antes de casarse y tener hijos, mientras que muchas otras llegaron casadas directamente del pueblo y empezaron a aprenderlo ya con hijos. En consecuencia, el manejo del español ha sido muy deficiente en la mayoría de los casos, lo que también nos indica lo limitado que debió haber sido la comunicación entre padres e hijos durante su infancia. No hay que descartar tampoco la posibilidad de que varios padres no recuerden con precisión o no deseen reconocer que hablaban a sus hijos en su propia lengua cuando éstos eran pequeños. Excepcionalmente, algunas madres que siguen con problemas para expresarse en español, hablan en su idioma a los hijos, quienes entienden pero les contestan en español. Mencionamos el caso de las madres, ya que ellas permanecen más tiempo con los hijos, a diferencia de los padres cuyo

contacto es más limitado, independientemente de su grado de manejo del español cuando los hijos eran pequeños.

Conocimiento y manejo del idioma étnico por los hijos

Partimos del supuesto de que el conocimiento o ignorancia de la lengua materna resulta significativo para el tipo de recreación étnica que se da en el medio urbano, en la generación de los hijos de los migrantes indígenas. De hecho, la importancia del idioma aparece claramente en el discurso de los hijos, quienes frecuentemente relacionan su sentimiento de pertenencia al grupo étnico de sus padres con el manejo del idioma étnico.

Si bien, como hemos visto, la transmisión del idioma étnico en los hogares es más bien limitada, la mayoría de los hijos reconocen captar desde algunas palabras hasta el sentido de la conversación (o saben de qué se está hablando), porque entienden algunos vocablos y también porque en la conversación se mezclan muchas palabras en español lo que les facilita la comprensión. Este conocimiento no les fue transmitido, sino que aprendieron elementos de las lenguas de sus padres únicamente al oírles hablar, a veces preguntando por el sentido de alguna palabra. Como resultado de ello, la situación en lo que se refiere al manejo del idioma materno es la siguiente:

- Nueve personas dicen entender todo o casi todo y pueden comunicarse en lengua indígena, aunque con ciertas deficiencias (sobre todo en cuanto a la pronunciación). Se trata de los hijos mayores de tres familias en las que se sigue practicando la lengua y los padres hablaron en ella con los hijos desde pequeños, o porque éstos en algún momento de su infancia vivieron un tiempo en la comunidad.
- Once personas entienden gran parte de la conversación pero no son capaces de hablar. Es también el caso de hijos mayores quienes aprendieron el idioma escuchándolo, pero nunca los padres hablaron con ellos (son hogares donde se habla en el idioma con frecuencia); y sobre todo por la presencia de algún familiar, en general la abuela, quien les enseñaba más que los padres.
- Diez personas dicen entender el sentido de la conversación, porque están familiarizados con el idioma y el conocimiento de un limitado vocabulario les permite saber de qué se está hablando, además de los gestos y palabras intercaladas en español.
- Dieciséis jóvenes saben sólo algunas palabras más comunes como agua, tortilla y algunos nombres de parentesco porque éstos se usan cada vez más en español.

- Algunas personas dicen no saber ninguna palabra o conocen sólo el saludo.

Podemos observar que sólo un tercio del grupo conoce en diferentes grados el idioma étnico, pero sólo la mitad de ellos puede comunicarse en ese idioma de manera limitada, es decir, posee el conocimiento activo de la lengua. El grupo más numeroso es el que entiende sólo un cierto número de palabras; junto con las personas que no entienden nada constituyen un poco menos de la mitad del total.

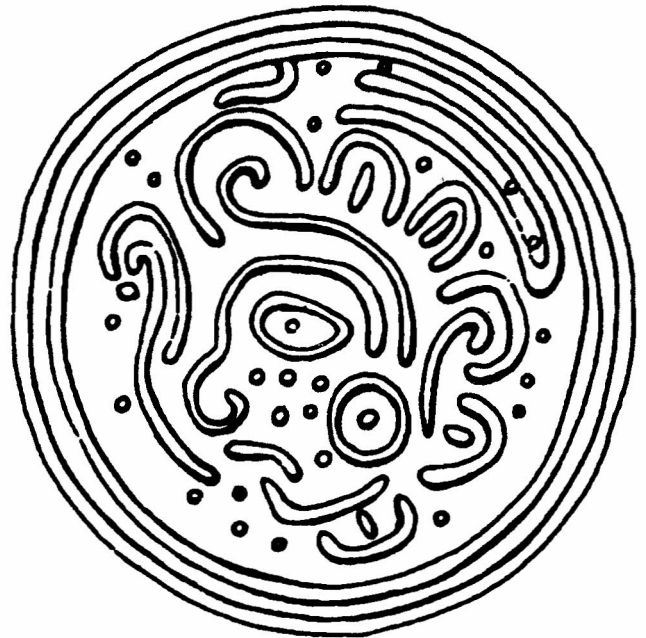
Ahora bien, si relacionamos la edad de los hijos y el grado de conocimiento del idioma materno, resulta que los de menor edad son los que menos lo conocen, salvo excepciones. En la muestra de 55 personas tenemos 24 jóvenes que tienen menos de 20 años y entre ellos:

- Cuatro entienden bien y dos de ellos pueden hablar (se trata de dos familias donde los hijos tienen contacto cotidiano con la lengua indígena).
- Diecisiete saben un cierto número de palabras.
- Tres dicen de no saber absolutamente nada.

Es decir, de las 25 personas en total que no poseen el conocimiento del idioma étnico, la gran mayoría son los hijos menores de 20 años. Si nos apoyamos en la información general sobre la situación del idioma en las familias, se confirma el hecho de que, bajando la edad de los hijos, baja su conocimiento del idioma étnico.

No se ha detectado una relación clara entre el sexo de los hijos y el grado de manejo de la lengua materna. Sin embargo, en algunos casos las hijas tienen mayor conocimiento del idioma por haber estado más tiempo en la casa, más cerca de la madre o de la abuela ayudándolas en la cocina, logrando así captar más palabras, nombres de los alimentos y expresiones en general; sus hermanos, que pasaban más tiempo fuera de la casa, tuvieron menos oportunidades para aprender; es decir, se trata aquí de distintos grados de contacto con el idioma, ligado a las circunstancias, más que a diferencias en la transmisión.

Los datos obtenidos acerca de la transmisión del idioma nos permiten concluir que en realidad en la gran mayoría de los casos no se da esta transmisión de manera sistemática y consciente. Los conocimientos que manifiestan tener los hijos son básicamente el producto de su exposición al idioma desde la infancia y del propio esfuerzo de comprensión. Como resultado, prácticamente ninguno reconoce hablar bien el idioma étnico o poder comunicarse en él, es decir, ninguno es bilingüe. La comprensión se facilita gracias al empleo frecuente de palabras en español que permiten seguir el tema de la conver-



sación. Las palabras que los hijos entienden se refieren sobre todo a órdenes, indicaciones y prohibiciones, además de algunas más usadas en la vida cotidiana del hogar. Además, el conocimiento de la lengua, salvo excepciones, es pasivo, es decir, logran entender pero no son capaces de hablar y a veces ni siquiera recuerdan palabras que dicen conocer, pero que posiblemente entenderían dentro de un contexto.

Interés de los hijos por conocer el idioma de los padres

La situación descrita arriba, demuestra cierta renuencia de los padres hacia la transmisión de su lengua a los hijos, contrastante con la actitud manifestada por muchos de ellos hacia el idioma indígena. Al preguntarles si les gustaría conocerlo bien, obtuvimos las siguientes respuestas:

- Seis personas que entienden bien, o se pueden comunicar con ciertas deficiencias, afirman que les gustaría poder hablarlo bien: “hay que hablar bien o se va a perder”, comenta un joven.
- Veinticinco personas quisieran poder hablarlo bien ante todo para comunicarse mejor con la gente en la comunidad, y en particular con personas mayores no hablantes del español, con sus familiares e incluso con los propios padres.
- Una persona recalca la importancia de hablarlo bien para conocer las tradiciones.

ANTROPOLOGÍA

- Cuatro personas desearían conocerlo bien para comunicarse con la abuela monolingüe y también por ser otro idioma.
- Siete personas quisieran saberlo bien por ser el idioma de su madre, de la familia, “idioma nuestro”, por ser “parte de sus raíces”, por “saber de dónde venimos” y “para que no se pierda el idioma”, además, para tener otro idioma.
- Una persona quisiera conocerlo bien para poder transmitirlo a sus hijos.
- Tres personas lo mencionan como una ventaja: “porque tendrían dos lenguas”; otras dos más también añaden esta razón. Es significativo que todos ellos emplean la palabra “lengua” y no “dialecto” para referirse al idioma étnico.

Todas estas personas representantes de una gran mayoría de jóvenes entrevistados, tienen una actitud positiva ante la lengua indígena y manifiestan su interés por conocerla mejor.

- Sólo ocho personas expresan desinterés por saber el idioma de sus padres porque “no tiene ningún sentido práctico”, “no tienen necesidad de aprenderlo”, no les parece necesario aprenderlo (“mejor aprender el inglés que les sirve más”) o eventualmente sólo les gustaría de “forma simbólica, como preservación de la lengua”.

Entre estas personas hemos registrado algunas actitudes negativas ante la lengua indígena. Por ejemplo, al entrar el hijo cuando los padres se comunican en su lengua, les dice “háblenme bien”; un joven, cuando la madre le habla en mixteco, le contesta: “háblame en español, yo no soy de tu rancho”. Las actitudes de rechazo a la lengua vernácula son más frecuentes entre los hijos menores (sobre todo los más pequeños), quienes en su mayoría se niegan a aprender la lengua indígena y se burlan de ella.

Un joven recuerda a sus padres que trataron de enseñarle su idioma, pero él no quería por “acomplejado” y por ser “el dialecto”; últimamente se le despertó el interés (tiene 23 años) y pide le enseñen palabras y que la abuela le hable “en dialecto” para ver cuánto es capaz de entender. En efecto, frecuentemente con la edad cambia la actitud hacia la lengua vernácula, ya los hijos empiezan a valorar sus raíces y la cultura étnica en general.

En varios casos apareció claramente que este interés aumenta con la madurez, pero también con un mayor grado de escolaridad al estudiar la historia y la composición étnica del país, y en particular gracias a algunos maestros que lograron transmitir a sus alumnos el respe-

to hacia las culturas indígenas. Al mismo tiempo, se van alejando las experiencias de rechazo y burlas, disminuyendo así el peso del estigma, lo que facilita este despertar del interés por todo lo referente a sus orígenes.

La pregunta inevitable después de analizar la situación de la transmisión del idioma en las familias de migrantes indígenas es: ¿por qué los padres no enseñaron su lengua a los hijos en la mayoría de los casos? Por un lado, está la creencia de que no es conveniente que los hijos aprendan dos idiomas al mismo tiempo, debido al “acento” que deja la lengua vernácula al hablar en español. Más aún, se cree que el hecho de hablarla impide aprender bien el español: una joven que habla un poco y entiende “regular” el mixteco afirma convencida: “si hablara bien en mixteco se me olvidaría el español; haría la confusión, a medias palabras”.

Estas creencias no se deben sólo al desconocimiento de los mecanismos de aprendizaje de los idiomas por los padres. Las razones más profundas para esta actitud están en los problemas que tuvieron ellos mismos para aprender a hablar en español, cómo sufrieron por no poder entenderlo, sus experiencias en la escuela y a veces también en su casa donde se les prohibía hablar en su lengua e incluso se les golpeaba por hablarla; posteriormente, las burlas por no poder expresarse bien o tener un acento raro; la vergüenza de las madres al acudir a la escuela de sus hijos, sin poder entender las instrucciones o recomendaciones o saber firmar documentos, además de ser analfabetas, etcétera. En esta situación, el manejo correcto del español es visto como un elemento indispensable para que sus hijos superen la condición indígena estigmatizada y como base para lograr niveles de educación superiores y mejores condiciones de vida que los padres. Responde, pues, al mismo objetivo de la migración de tipo promocional y a las expectativas ligadas a ella.

Una vez logrado el objetivo de tener “hijos urbanos” quedan, sin embargo, varios problemas que a veces son fuente de frustraciones e incluso de conflictos entre padres e hijos. Es notoria la frustración de muchos padres porque sus hijos ignoran su lengua y no pueden comunicarse en ella, porque quedaron alejados de las tradiciones y de la participación. En efecto, sucede que los hijos salen de la habitación cuando llegan visitas porque con éstas se habla en la lengua que no entienden; tampoco asisten a las reuniones del grupo (salvo los bailes) porque ahí se habla en el idioma étnico.

No se cumplió la esperanza de que les enseñarían el idioma más tarde, cuando ya supieran hablar bien en español; estos intentos, cuando los hubo, fracasaron, ya que los hijos una vez ocupados en sus estudios no tuvie-

ron el tiempo ni interés para aprenderlo, además de que se les dificultaba más debido a las diferencias fonéticas y estructurales con el español y la paulatina disminución de su capacidad para aprender idiomas. La situación se agudizó con los hijos menores, al crearse un círculo vicioso: como los hijos mayores, no entendían o no hablaban en su lengua, los padres utilizaban cada vez más seguido el español, lo que explica el conocimiento nulo o muy limitado de la lengua étnica por parte de los hijos.

También a través de las respuestas es notoria cierta frustración de los hijos porque sus padres no les enseñaron su lengua y así los cortaron de “sus raíces”, de las tradiciones y del pasado de su familia; no pueden comunicarse directamente con algunos familiares, sobre todo los abuelos; tampoco pueden hablar con las personas mayores del pueblo cuando van de visita, preguntar por lo que no conocen y les gustaría saber; este desconocimiento a veces los expone a situaciones incómodas e incluso desagradables (los jóvenes del pueblo a veces se burlan de ellos en su idioma y ellos no entienden ni pueden contestar).

Pero el hecho de hablar o no la lengua indígena aparece con toda su importancia al discutir el problema de la identidad étnica de estos jóvenes nacidos en la ciudad. Frecuentemente ellos mismos ven en el desconocimiento de la lengua de sus padres el principal obstáculo para poder identificarse con su grupo de pertenencia, y de paso con la comunidad étnica de origen. Se dan cuenta que la imposibilidad de comunicarse con la gente de la comunidad en su propio idioma les imposibilita penetrar en el mundo cultural étnico del que pueden apenas recoger algunos elementos observables, o los que alguien les explique. A la edad ya adulta, muchos de estos jóvenes, una

vez superada la crisis de identidad de la adolescencia y en los casos en que hayan recuperado el orgullo de su origen, empiezan a valorar la cultura ancestral de la que saben bien poco. El desconocimiento de la lengua vernácula es percibido como un gran obstáculo, imposible de salvar en sus condiciones actuales de vida.

Conclusiones

La problemática de la transmisión del idioma étnico a los hijos en situación migratoria tiene muchas facetas que permiten entender el porqué —en la mayoría de los casos— los hijos de los migrantes indígenas no hablan ni entienden la lengua de sus padres. En primer lugar, la posición subordinada de las culturas y lenguas indígenas dentro de la sociedad nacional implica que el idioma étnico sea visto como algo que estigmatiza al hablante o constituye un estorbo para aprender bien la lengua nacional. En segundo lugar, desde el punto de vista práctico, se considera que la poca utilidad de las lenguas étnicas en condiciones urbanas justifica el hecho de que no se enseñen a los hijos, lo que responde a un proyecto migratorio de tipo promocional, que pretende incorporarlos plenamente a la sociedad urbana. En este contexto, el problema de la transmisión de la identidad étnica y de su relación con el conocimiento de la lengua vernácula no parece preocupar a muchos padres, para quienes sus hijos prácticamente ya no forman parte de su comunidad étnica, sino que “pertenecen a la ciudad”, situación no siempre tan clara para sus hijos, quienes enfrentan el problema de su pertenencia étnica a veces con ciertas dificultades.

